

Varela, Javier. *Jovellanos*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, 285 pp.

El libro de Javier Varela sigue una trayectoria esencialmente cronológica por la vida y las obras (las escritas y las prácticas) de la figura cumbre de la Ilustración española: su formación en Gijón, Alcalá y Sevilla, la época madrileña (academias, magistratura, literatura, con un apéndice sobre «Jovellanos en el Consejo de Órdenes»), las actividades en pro de Gijón y de Asturias en la década de los noventa, el ministerio y la caída y prisión, los años en Mallorca, los de guerra y la peregrinación final.

Varela sitúa a Jovellanos en un contexto histórico sólidamente documentado con fuentes tanto de archivo como impresas. Nos explica, por ejemplo, cuál es el contexto del semidestierro de 1790 (75), cuál el fondo económico y político de los esfuerzos de Jovellanos por la carretera a Castilla y el Real Instituto Asutiano (cap. 5). El *Informe en el expediente de la ley agraria* se entiende mejor con lo que leemos sobre la situación agraria, el expediente mismo, el desarrollo y la dimensión moral de las ideas económicas de Jovellanos, y el mito poético de la vida rústica (cap. 6). El nombramiento de Jovellanos como embajador a Rusia se ve a la luz de la relación inestable de Godoy con Francia (141). El esbozo de los conflictos internos de la resistencia antibonapartista (cap. 10) ayuda a comprender los escritos políticos de Jovellanos.

Varela ve un Jovellanos cuya crítica social aplica valores modernos, «burgueses» (60). Muy útiles son las páginas dedicadas al *Discurso sobre el establecimiento de un montepío para los nobles de la Corte* (52-55), escrito clave para comprender cómo concebía Jovellanos la nobleza, aunque no creo que al señalar el absurdo político y económico del noble pobre esté pidiendo que se considere nobles sólo a los grandes y títulos. A partir de 1808 Jovellanos emprende una tarea política que se ve como contradictoria: lucha «por revitalizar las viejas instituciones cuando, en realidad, contribuía decisivamente al nacimiento de un régimen que nada tenía que ver con ellas» (232). La tradición que invoca «era un puro espejismo» (245); sus planes fracasaron por carecer de base en la realidad histórica (251).

Varela distingue entre los jansenistas, que predicaban un «Dios escondido que actúa según las vías incomprensibles de la gracia», y Jovellanos, hombre «profundamente religioso» cuyo Dios «se exhibe ... a través del universo creado» y es adorado mediante una religión racional. La vinculación de Jovellanos con el jansenismo, esencialmente política y moral, estriba en su hostilidad hacia todo poder absoluto, tanto civil como eclesiástico. De ahí su persecución (168, 170, 179-180).

En los escritos del período mallorquín culmina para Varela la evolución de Jovellanos, iniciada a fines de los años 80, hacia una estética y una cosmovisión prerrománticas, hacia una mayor apreciación de lo individual, lo histórico, lo sublime, lo pintoresco, y hacia una fe menos sólida en un orden racional inmutable (cap. 9). Convendría recordar, sin embargo, que una sensibilidad prerromántica está ya patente en la epístola *Jovino a Anfriso* (1779). Y por mucho que contribuyera Jovino al desarrollo de una poesía civil (41), es demostrable que no logró que los poetas salmantinos abandonasen su «musa amable ... por otra didáctica», como cree Varela (40).

Varela rechaza toda interpretación de Jovellanos como tradicionalista o revolucionario; tampoco cree que los ilustrados, so capa de su humanitarismo, pugnasen por perpetuar un orden injusto. Jovellanos, dice, es «el gran ilustrado que, con todos los matices que se deseen, había dedicado su vida entera a hacer posibles la libertad y el progreso de su patria» (258). Muchos de sus proyectos fracasaron, para ser realizados en épocas posteriores: enseñanza laica y práctica, carretera a Castilla, desamortización, monarquía constitucional, parlamento bicameral.

Como no hay libro perfecto, vayan algunas objeciones. En la referencia a una carta de Moratín a Jovellanos «reconociéndole como "cliente" suyo» (47), léase «reconociéndose». No conviene imprimir «V.M.» (123, 135, 159) por «Vm.». La primera referencia de 23n25 debe ser a *Obras [BAE] 1: 285b*, la *Introducción* de Caso citada es la de su edición de las *Obras en prosa*. No fue Jovellanos «enemigo de la enseñanza del latín» (105). De la enseñanza *en* latín, y de no cultivar el castellano, sí; pero el latín lo consideró necesario para algunos y recomendable para muchos (*Obras [BAE] 1: 244b-45a*). En cuanto al Arnesto de las sátiras (56), José Miguel Caso González prueba que

no es Vargas Ponce (ed. de Jovellanos, *Obras completas*, 1 [Oviedo, 1984]: 226n2). Y esto me lleva a una queja de más monta: existiendo las ediciones ejemplares de Caso (alguna, desde hace casi treinta años), un estudio serio ya no debe citar sistemáticamente de la edición de Nocedal (*BAE*). Lo mismo vale para Quintana (170): ¿por qué no usar la edición de Dérozier?

Algunas precisiones para la bibliografía abundante y útil de fuentes manuscritas e impresas: el colaborador de Caso (271) es G. (no P.) Demerson; «Domergue» tiene una sola *m*; los *Escritos autobiográficos y epistolario* de Cadalso (Londres, 1979) deben ir bajo «Cadalso», no «Glendinning», quien además colaboró con N. Harrison. Yo no separaría los libros de los artículos, pero sí indicaría aparte las bibliografías. Espero que en futuras ediciones de *Jovellanos* se añadan índices, por lo menos uno onomástico.

Con una actitud abierta y razonable, y valiéndose de abundante material histórico, Varela ha escrito un libro serio, equilibrado y bien organizado. No revoluciona nuestra visión de don Gaspar, y siempre podrían estudiarse con mayor amplitud los temas tratados, amén de abordarse otros; pero el autor nos ha dado una síntesis manejable de estudios propios y ajenos, con interesantes aportaciones originales. *Jovellanos* es lectura obligatoria para quien desee comprender la España de las Luces y su gran protagonista.

Universidad de California, Berkeley

J. H. R. POLT

Alberto González Troyano. *El torero, héroe literario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, 372 pp.

En *El torero, héroe literario* González Troyano se basa en las teorías de Vladimir Propp, Georg Luckács, Lucien Goldmann y otros, con el fin de indagar el papel que desempeña el torero en la literatura española. Se centra en las ideas de Propp para analizar el desarrollo de este héroe literario en la prosa de ficción desde el siglo XVII hasta el primer tercio de la centuria actual. Este cometido hace que *El torero, héroe literario* sea a la vez un repaso de la historia literaria española, un estudio de